



ACTO III.

—
ESCENA PRIMERA.

Cámara del Rey. — Dos velas encendidas sobre una mesa de noche.—Algunos pajes dormidos, en el fondo.

REY.

(A medio vestir, se halla sentado delante de una mesa, con un brazo apoyado en el sillón, en actitud pensativa. Tiene delante un medallón y algunos papeles.)

QUIÉN podría negar que ella por otra parte ha sido exaltada? Nunca he podido inspirarle amor, y sin embargo, parece sentir necesidad de amar!... Es evidente; es falsa. (*Hace un gesto que lo pone sobre sí, y mira en torno con sorpresa.*) ¿En dónde estoy?... ¿Nadie está en vela aquí sino el Rey? ¡Qué! Consumidas las luces. Y no es de día, sin embargo... No dormiré ya más y forzoso será, naturaleza, que te resignes á ello, porque un rey no tiene tiempo de reparar sus noches perdidas... Pero ahora estoy ya desvelado, y es preciso que entre la luz del día. (*Apaga las luces y descubre las cortinas de una ventana. Se pasea á lo largo de la habitación, contempla á los pajes dormidos en silencio, y toca despues una campanilla.*) ¿Duermen tambien en la antecámara?

ESCENA II.

EL REY. — EL CONDE DE LERMA.

LERMA. — (*Sorprendido al ver al Rey.*) ¿V. M. se siente malo?

REY. — Se ha pegado fuego al pabellón del ala izquierda. ¿No oísteis el ruido?

LERMA. — No, señor.

REY. — ¡No! ¿cómo? ¿habré soñado? Y no puede ser esto casual. ¿La Reina no duerme en esta parte del palacio?

LERMA. — Sí, señor.

REY. — Este sueño me ha asustado. Desde hoy se doblará la guardia de aquel punto al caer la tarde, pero... secretamente, muy secretamente. No quiero que... ¡Parece que me observais!

LERMA. — Observo vuestros ojos enrojecidos que piden descanso y me atrevo á recordar á S. M. el cuidado de su preciosa salud, y el de sus pueblos que verían con dolorosa sorpresa las huellas del insomnio en su rostro... Con que durmierais tan sólo un par de horas...

REY. — (*Turbado.*) El sueño... el sueño, ya dormiré en el Escorial. Cuando el Rey duerme, adios corona; cuando el esposo duerme, adios amor de su esposa. Pero no, no; es una calumnia. ¿No es por ventura una mujer quien me lo ha contado, y el mismo nombre de la mujer no es calumnia? El crimen no será verdad para mí hasta que lo haya confirmado un hombre. (*A los pajes que acaban de despertar.*) Llamad al Duque de Alba. (*Los pajes se van.*) Acercaos, Conde. ¿Es verdad? (*Clava en él una mirada penetrante.*) ¡Ay!... ¡Poder conocerlo todo, aunque este poder durara sólo el tiempo

que dura una pulsacion! ¿Es verdad? Jurádmelo. ¿Soy engañado? ¿Lo soy? ¿Es verdad?

LERMA. — Grande, excelente Rey...

REY. — (*Retrocediendo.*) ¡Rey todavía, y siempre rey! Ninguna otra respuesta que el eco de este vano sonido. Golpeo la roca en busca de agua, de agua para apagar mi sed ardiente, y brota tan sólo oro derretido.

LERMA. — Pero ¿qué preguntais si es verdad, señor?

REY. — Nada, nada, dejadme; idos. (*El Conde va á salir, y el Rey le llama.*) ¿Estais casado, sois padre, verdad?

LERMA. — Sí, señor.

REY. — Casado, ¿y os atreveis á velar una sola noche, junto á vuestro señor? Encanecisteis, ¿y creéis todavía sin rubor en la virtud de vuestra esposa? ¡Oh! regresad á casa, y la sorprendereis entregada á los abrazos incestuosos de vuestro hijo; creed á vuestro Rey... Idos... Me escuchais atónito; y clavais en mí penetrante mirada, porque tambien yo encaneci... ¡Desdichado!... reparad en lo que haceis; la virtud de las reinas es intachable, y sois muerto si dudais.

LERMA. — (*Con calor.*) ¡Y quién podria dudar!... ¿Quién, en todo el reino, osaria lanzar la envenenada sospecha sobre esta virtud angelical, sobre la mejor Reina que ha habido?

REY. — ¿La mejor?... ¿para vos es tambien la mejor?... Veo que cuenta con entusiastas amigos junto á mí, y esto le costará sin duda mucho, tal vez más de lo que ella pueda dar en recompensa, me parece. Podéis retiraros; llamad al Duque.

LERMA. — Le oigo ya en el salon. (*Va á salir.*)

REY. — (*Con acento más blando.*) Conde, verdad es cuanto habeis observado hace poco. Esta noche de insomnio ha enardecido mi cabeza; olvidad por lo tanto lo que he dicho soñando despierto... oís... olvidadlo... Soy vuestro bondadoso rey. (*Le tiende á besar la mano. Lerma sale y abre la puerta al Duque de Alba.*)

ESCENA III.

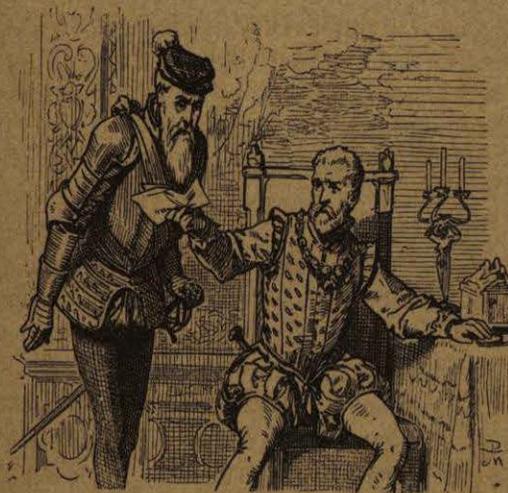
EL REY. — EL DUQUE DE ALBA.

ALBA. — (*Se acerca manifestando cierta perplejidad.*) Tan imprevista orden en desusada hora... (*Se turba observando al Rey de mas cerca.*) Y esta mirada...

REY. — (*Sentado y tomando el medallon de encima la mesa. Mira largo rato al Duque en silencio.*) ¿Es cierto, pues, que no me queda ni un solo servidor que me sea fiel?

ALBA. — (*Turbado.*) ¿Cómo?

REY. — Saben que soy ofendido mortalmente, y nadie me lo advierte, sin embargo.



ALBA. — (*Mirándole atónito.*) ¿Mi Rey ha sido ofendido, y la ofensa escapó á mi mirada?

REY. — (*Mostrándole las cartas.*) ¿Conoceis esta letra?

ALBA. — Letra del Principe.

REY. — (*Con mirada penetrante.*) ¿Nada sospechais to-

avía?... Me advertisteis su ambicion, ¿ y era sólo su ambicion lo que debia temer?

ALBA. — La ambicion es una grande y extensa palabra que puede expresar un pensamiento infinito.

REY. — ¿ Y no teneis algo particular qué revelarme?

ALBA. — (*Despues de breve silencio y con encogimiento.*) V. M. ha confiado el reino á mi cuidado y debo velar por él, y dedicar á esta tarea mis más intimos pensamientos; pero lo que fuera de ella sospecho ó pienso es patrimonio mio, sagrado patrimonio que así el esclavo como el vasallo tienen derecho á rehusar á los reyes de la tierra. Lo que yo veo claro, no está sin embargo en sazón para confiarlo á mi Rey; si desea que le satisfaga, suplico que no me interrogue como señor.

REY. — (*Dándole las cartas.*) Leed.

ALBA. — (*Lee, y se vuelve con terror hácia el Rey.*) ¿ Quién fué el insensato que entregó estas cartas á mi Rey?

REY. — ¡ Cómo! ¿ sabeis á quién van dirigidas?... Su nombre, segun creo, no se halla en la carta.

ALBA. — (*Retrocediendo sobrecogido.*) ¡ Me he precipitado!

REY. — ¿ Vos sabeis?...

ALBA. — (*Despues de un momento de reflexion.*) Pues bien; esto es hecho; puesto que mi Rey lo ordena, no puedo retroceder... No lo niego;... conozco la persona á quien van dirigidas.

REY. — (*Levantándose, profundamente inmutado.*) Dios terrible de la venganza, ayudadme á descubrir un nuevo modo de matar... Sus relaciones son tan patentes, tan públicas, que sin darse la pena de examinar, cualquiera adivina que de ella son las cartas á la primer ojeada. Esto es demasiado... ¡ y yo no lo he sabido; no lo he sabido, y soy el último que lo descubro, el último en todo mi reino!

ALBA. — (*Arrodillándose.*) Sí; confieso mi falta, ¡ oh,

Rey bondadoso! me avergüenzo de mi cobarde prudencia que me impuso silencio, cuando me obligaba á hablar el honor de mi Rey, la verdad, la justicia. Mas ya que todo calla, y que el hechizo de la belleza amordaza los labios de los hombres, me arriesgo á hablar... No olvido, no obstante, que las insinuantes protestas de un hijo, los seductores atractivos, las lágrimas de una esposa...

REY. — (*Con viveza y prontitud.*) Levantaos; os doy mi palabra real; levantaos y hablad sin temor.

ALBA. — (*Levantándose.*) V. M. recuerda tal vez todavía la escena del jardin de Aranjuez, cuando encontrasteis á la Reina, lejos de sus damas, turbada, sola, en retirado sitio.

REY. — ¡ Ah! qué oigo... Continúa.

ALBA. — La Marquesa de Mondéjar fué desterrada porque tuvo la generosidad de sacrificarse por la Reina... Ahora lo sabemos... La Marquesa se habia limitado á obedecer la orden de la Reina; el Principe habia acudido á aquel sitio.

REY. — (*Colérico.*) ¿ Habia estado allí?... Entonces pues...

ALBA. — Sugirieron esta sospecha las huellas de un hombre en la arena, que partiendo del lado izquierdo de la avenida, conducian á una gruta donde se halló un pañuelo olvidado allí por el Principe. Un jardinero, ademas, le habia sorprendido en el mismo instante en que V. M. pareció en el bosquecillo.

REY. — (*Volviendo en sí, despues de sombría reflexion.*) Y ella lloraba cuando le dí á comprender mi sorpresa, y me abochornó delante de toda la corte, me sonrojé á mis propios ojos, como si, ante su virtud, fuese yo el culpable: ¡ Por el cielo! (*Largo y profundo silencio. Se sienta, y oculta el rostro entre sus manos.*) Sí, Duque de Alba... teneis razon... todo esto podría arrastrarme á terrible extremo... Dejadme solo un momento...

ALBA.—No es suficiente lo dicho para decidir plenamente...

REY.—(*Tomando los papeles.*) ¿Ni esto tampoco, ni eso, ni, en fin, ese concurso de convincentes pruebas? ¡Oh! si es más claro que el día... Si debía saberlo mucho tiempo há... El crimen empezó cuando la recibí de vuestras manos en Madrid... Parece que veo todavía su pálido rostro, su mirada atónita fija en mis canas... Entonces empezó esta hipócrita farsa.

ALBA.—Perdía el Príncipe en su madre á su prometida, y ambos se habian mecido en brazos de una comun esperanza, y se habian inspirado mutuamente ardiente pasion que la nueva situacion creada les prohibia. Vencida la timidez, aquella timidez que acompaña á la primera declaracion amorosa, la seduccion, fundándose en los recuerdos de una intimidad licita en otro tiempo, fué más osada en su lenguaje. Unidos por la edad y sus mútuos sentimientos, irritados por la sujecion á un mismo yugo, obedecieron con doble audacia á los impulsos de su amor. La política habia atentado á sus derechos; pero ¿era creíble que su amor reconociera la omnipotencia de la razon de Estado, y no cediera al antojo de juzgar á su modo la eleccion de vuestro gabinete? El amor se reservó sus derechos, y aceptó la corona.

REY.—(*Ofendido y con amargura.*) Discurris perfectamente, Duque, y con sagacidad; admiro vuestra elocuencia, y os doy las gracias. (*Se levanta y continúa con altivez y frialdad.*) Teneis razon; la Reina ha cometido una falta grave, ocultándome el contenido de estas cartas, y haciendo un misterio de la aparicion culpable del Príncipe en el jardin. Ha cometido esta falta por una falsa generosidad, por lo cual sabré castigarla. (*Toca la campanilla.*) ¿Quién hay en el salon?... No tengo más necesidad de vos, Duque de Alba; retiraos.

ALBA.—¡Mi celo ha sido causa tal vez de que haya disgustado á V. M.!

REY.—(*A un paje que entra.*) Haced entrar á Domingo. (*El paje se va.*) Os perdono que durante dos minutos me hayais inspirado el temor de un crimen que podría volverse contra vos.

ESCENA IV.

EL REY.—DOMINGO.

EL REY se pasea á lo largo, durante algunos instantes, y luego se pára y se ensimisma.

DOMINGO.—(*Entra algunos minutos despues de haber salido el Duque, se acerca al Rey, y le contempla en silencio y con respeto.*) ¡Qué grata sorpresa para mí, señor, la de hallaros tranquilo y sereno!

REY.—¿Esto os sorprende?

DOMINGO.—Demos gracias á la Providencia de que hayan sido infundados mis temores, con lo que mayor es mi esperanza de la que fuera.

REY.—¿Vuestros temores?... ¿Qué temiais?

DOMINGO.—No puedo ocultar á V. M. que conozco ya un misterio...

REY.—(*Con sombrío ademan.*) ¿Os he manifestado acaso el deseo de compartir con vos este secreto? ¿Quién, sin ser llamado, me previene? Por mi honor que es osadía.

DOMINGO.—Señor; el lugar, el medio por el cual lo he sabido, el sello bajo el cual me ha sido confiado, disculpan al menos mi falta. Se me ha confiado en el santo tribunal de la penitencia... como un crimen que pesaba gravemente sobre la perturbada conciencia de la penitente, que pedía perdon de él al cielo. La Princesa deplora, bien que demasiado tarde, su accion, y teme que sus consecuencias sean funestas para la Reina.

REY.—Verdad: ¡oh, bondadoso corazón! Habeis adivinado perfectamente por qué os he llamado, y es fuerza que me saqueis del oscuro laberinto en que me ha metido inconsiderado celo. Espero saber la verdad de vos, y os conjuro á que habéis con absoluta franqueza. ¿Qué debo creer y qué debo resolver? Exijo la verdad de vuestro ministerio.

DOMINGO.—Señor, cuando mi misión de paz no me impusiera el grato deber de persuadir á la moderación, todavía os conjuraria á usarla en nombre de vuestra tranquilidad; suplicaria á V. M. que abandonara el hilo de sus pesquisas, y el exámen de un misterio que no puede tener solución feliz. ¡Cuánto hasta ahora se sabe, puede perdonarse! Una sola palabra del Rey puede devolver la inocencia á la Reina; pues la voluntad del Rey concede la virtud como la dicha, y sólo su serenidad puede sofocar los rumores que se ha permitido la calumnia.

REY.—¡Rumores que atañen á mi persona, entre mi pueblo!

DOMINGO.—Embustes; condenables embustes; lo aseguro... En algunos casos, sin embargo, la creencia del vulgo, aunque desprovista de pruebas, tiene tanta importancia como la verdad.

REY.—¡Por el cielo! ¡Y éste sería uno de estos casos!

DOMINGO.—Una buena reputación es un precioso bien; el único que una reina se ve en el caso de disputar á la villana.

REY.—Por este lado, creo que no hay que temer. (*Lanza una mirada de duda á Domingo; despues de breve silencio.*) Algo triste he de oír todavía de vuestros labios; no me lo retardeis... Hace tiempo que vuestro semblante me anuncia una desgracia; cualquiera que sea, hablad, y no me dejéis por más tiempo en semejante tortura. ¿Qué dice el pueblo?

DOMINGO.—Repito, señor, que el pueblo puede enga-

ñarse y que se engaña, sin duda. Sus dichos no deben perturbar á V. M... pero osan decir tales cosas...

REY.—¿Qué? ¿Me será necesario implorar tanto una gota de veneno?

DOMINGO.—El pueblo recuerda todavía la época en que V. M. estuvo á punto de morir... y como treinta semanas despues, el feliz alumbramiento... (*El Rey se levanta y llama; el Duque de Alba entra; Domingo se turba.*) Me sorprende, señor...

REY.—(*Yendo al encuentro del Duque.*) Toledo, vos sois un hombre; libradme de ese cura...

DOMINGO.—(*El Duque y él se miran cortados, confusos. Despues de breve pausa.*) Si hubiésemos podido prever que la nueva habia de perjudicar á quien la trajera...

REY.—¿Bastardo, decis? Porque apenas habia escapado á la muerte, cuando la Reina se sintió embarazada... ¡Cómo! en esta época, si no me engaño, celebrabais en todas las iglesias acciones de gracias á santo Domingo, por el milagro que habia obrado en mí... Lo que entonces fué un milagro, ¿ha cesado de serlo?... Una de dos; ó mentiais entonces, ó mentis ahora... ¿Qué podré creer desde este momento? Pero os comprendo; si entonces la trama hubiese estado en sazón, dierais de lado á la gloria del santo.

ALBA.—¡La trama!

REY.—¡Cómo se comprenderia, si no existiera entre ambos secreta inteligencia, que concordarais hoy en la misma opinión, con una conformidad sin ejemplo! ¿Pretendereis persuadirme de lo contrario? Seria preciso para ello que no hubiese observado la avidez y encarnizamiento con que os arrojais sobre la presa; el placer que os causan mi dolor y los arrebatos de mi cólera! Seria preciso que desconociera como el Duque arde en deseos de arrebatarse el favor destinado al Príncipe, y este piadoso varón pretende poner mi

brazo poderoso al servicio de su pasión mezquina! ¿Os figurais por ventura que soy un arco que puede tenderse á voluntad? Tengo tambien la mia, y si debo abrigar dudas, dejad que empiece dudando de vosotros.

ALBA.— Esperábamos que nuestra fidelidad nos ponía al abrigo de esta interpretacion.

REY.— ¡Vuestra fidelidad!... La fidelidad previene contra el crimen que amaga; la venganza delata el crimen una vez ejecutado... ¿Qué gano, vamos á ver, con vuestro celo si lo que decís es cierto? sólo me queda el dolor del divorcio ó el triste triunfo de la venganza... Pero, no... no abrigais más que temores... sólo me insinuais inciertas sospechas... y me dejais al borde del infierno, y echais á correr...

DOMINGO.— ¿Serán posibles otras pruebas cuando no se puede obtener el testimonio de los ojos?

REY.— (*Con grave acento, y dirigiéndose á Domingo, despues de breve pausa.*) Congregaré los grandes de mi reino, y presidiré yo mismo su tribunal. Compareced ante él, si teneis valor para ello, y acusad públicamente á la Reina de adulterio. Morirá sin misericordia, y el Príncipe con ella; pero advertid que si ella puede justificarse, morireis vosotros en su lugar. ¿Querreis con tal sacrificio rendir tributo á la verdad? decidílos... ¿No lo quereis? Enmudeceis... ¡Ah!... no lo quereis! Vuestro celo es el celo de la mentira.

ALBA.— (*Que se habia retirado á un lado: con calma y frialdad.*) Yo lo quiero...

REY.— (*Se vuelve hácia él, sorprendido, y le mira fijamente.*) Hé aquí una accion atrevida; pero pienso, sin embargo, que habeis expuesto muchas veces la vida en los campos de batalla, y por motivos menos importantes que éste... por la nada de la gloria, con la ligereza de un jugador de dados... ¿Qué es la vida para vos?.. Ah, no! no entregaré la sangre real á un insen-



Domingo acusa á D. Carlos ante el Rey.

sato, á quien nada le cabe esperar si no es su propio engrandecimiento. Desprecio vuestro sacrificio... Salid, y aguardad mis órdenes en el salon de audiencia.

ESCENA V.

EL REY, solo.

Ahora, Providencia clemente, que tanto me has concedido ya en este mundo, concédeme un hombre, un auxiliar... A tí, que sondeas y conoces cuanto existe por oculto que sea, á tí te es posible estar solo; pero yo te pido un amigo, porque no soy como tú que lo ves todo. Sabes qué son los auxiliares que me envias-te, y has visto que cuanto han podido hacer por mí lo han hecho ya. Sus vicios, domados y sujetos á mi yugo, coadyuvan á mis proyectos, del modo que las tempestades á la purificacion de la atmósfera. Siento necesidad de conocer la verdad; y pienso que no se ha hecho para los reyes buscar su mansa corriente bajo las tristes ruinas del error. Concédeme el hombre extraordinario, el hombre de corazon puro y franco, de clara inteligencia, de firme mirada que ha de auxiliarme á hallar... La suerte está echada, haz que encuentre uno solo, entre los millares de hombres que revolotean al rededor del sol de la realeza. (*Abre una arquilla, toma un registro, y dice despues de haberlo hojeado.*) Nombres... nombres tan sólo, sin que consten siquiera los servicios que les valiera la inscripcion en este registro. ¿Hay nada que se olvide tan fácilmente como la gratitud? Leo sin embargo en este otro registro, cuidadosamente inscrita cada falta, ¿y para qué? ¡Cómo si el recuerdo de la venganza necesitara auxiliares! (*Continúa leyendo.*) El Conde de Egmont. ¿Por qué se halla aquí su nombre? La victoria de San Quintin está ya olvidada hace mucho tiempo; vaya

entre los muertos. (*Borra su nombre y le inscribe en otro registro. Continúa leyendo.*) ¡Marques de Posa... Posa! Apenas recuerdo á este hombre. ¡Y se halla inscrito dos veces!... Prueba que le destinaba para grandes cosas. ¿Es posible que este hombre se haya sustraído á mi presencia, y haya evitado las miradas de su rey deudor? ¡Por el cielo! es el único en la vasta extension de mis reinos que no necesita de mí. Si fortuna ú honores hubiese codiciado, mucho tiempo há que hubiese acudido á los piés de mi trono. ¿Me aventuraré á entregarme á este hombre original?... Quien puede prescindir de mí, bien podrá declararme la verdad.

ESCENA VI.

El salon de audiencia.

EL PRÍNCIPE CARLOS, conversando con el de PARMA, los DUQUES DE ALBA, FÉRIA, MEDINASIDONIA, CONDE DE LERMA y otros Grandes de España, con papeles en la mano, y aguardando al REY.

MEDINA. — (*De quien huyen todos, se vuelve hácia el Duque de Alba que se pasea aparte.*) Habéis hablado ya al Rey, Duque; ¿en qué disposicion de ánimo le habéis hallado?

ALBA. — En muy mala disposicion para vos y vuestras noticias.

MEDINA. — Estaría más á gusto enfrente de los cañones ingleses, que en este salon. (*Cárlas, que le ha observado en silencio y con interes, se dirige á él y le tiende la mano.*) Os agradezco con el alma vuestro generoso llanto, Príncipe... ya veis cómo todos me huyen. Está resuelta mi perdición.

CARLOS. — Esperad algo mejor de la bondad de mi padre y de vuestra inocencia.

MEDINA. — He perdido para él una flota tal, como no habia surcado todavía el Océano... y mi cabeza no vale sin duda lo que setenta galeones, hundidos en el naufragio... pero cuando pienso en mis cinco hijos, jóvenes de esperanzas como vos, el corazon se me parte.

ESCENA VII.

EL REY, con manto real. — Dichos. — Todos se descubren y se ponen en fila á ambos lados, formando en torno suyo un semicírculo. — Profundo silencio.

REY. — (*Recorriendo rápidamente el grupo con la mirada.*) Cubrios. (*D. Cárlas y el Príncipe de Parma se adelantan y besan la mano al Rey, que se dirige afectuosamente al último, evitando mirar á su hijo.*) Vuestra madre, querido sobrino, desea saber si en Madrid están contentos de vos.

PARMA. — Lo cual no debiera preguntar antes de volver de mi primera batalla.

REY. — Estad tranquilo; ya os llegará el turno cuando estos troncos caerán. (*Al Duque de Féria.*) ¿Qué me traéis, Duque?

FÉRIA. — (*Doblando la rodilla delante del Rey.*) El gran Comendador de la orden de Calatrava ha muerto esta mañana, y os traigo su cruz.

REY. — (*La toma y mira en torno suyo.*) ¿Quién es ahora el más digno de llevarla? (*Hace una señal al Duque de Alba que dobla la rodilla, y le cuelga el collar.*) Duque, sois mi primer capitán, limitaos á ello, y mi favor no os faltará nunca. (*Advierte la presencia de Medinasidonia.*)

MEDINA. — (*Se acerca temblando, y se arrodilla delante del Rey, con la cabeza baja.*) Hé aquí, señor, todo lo que traigo de la Invencible armada, y de la juventud española.

REY. — (*Pausa.*) Dios sobre todo. Yo la envié á luchar contra los hombres, no contra los elementos. Sed bien venido á Madrid. (*Le tiende á besar la mano.*) Os doy las gracias por haberme conservado en vos un digno servidor. Le tengo por tal, señores, y quiero que por tal sea tenido. (*Le hace seña de que se levante y se cubra, y despues se dirige á los demas.*) ¿Hay algo más? (*A D. Carlos y al Príncipe de Parma.*) Os saludo, Príncipes. (*Se van. Los otros grandes se acercan, doblan la rodilla y le entregan sus memoriales. Los hojea, y los da al de Alba.*) Me los devolvereis en mi gabinete. ¿Hemos concluido? (*Nadie responde.*) ¿Cómo es que el Marques de Posa no se presenta nunca entre mis grandes? Sé bien que este Marques de Posa me ha servido con honor... ¿Ha muerto tal vez?... ¿Por qué no parece por aquí?

LERMA. — El Marques ha regresado nuevamente de un viaje á través de Europa, se halla en este instante en Madrid, y aguarda sólo un día de audiencia pública para ponerse á los piés de su Rey.

ALBA. — El Marques de Posa, señor, es aquel osado caballero de Malta, de quien cuenta la fama una brillante accion. Cuando, bajo las órdenes del gran maestre, los caballeros se rindieron en su isla sitiada por Soliman, este jóven, que tendria entonces diez y ocho años, escapó de la Universidad de Alcalá y se presentó ante La-Valette, sin haber sido convocado. — Quiero que me compren una cruz, y quiero ganármela, dijo. — Y fué uno de los cuarenta que, en pleno día, en el fuerte de San Telmo sostuvieron tres asaltos contra Psali, Ulucciali, Hussem y Mustaphá. El fuerte fué tomado, y muertos todos los caballeros en torno suyo; arrojóse al mar y volvió solo á La-Valette. Dos meses despues, el enemigo abandonó la isla y el caballero volvió á acabar sus estudios.

FÉRIA. — Es el mismo que más tarde descubrió la fa-

mosa conspiracion de Cataluña, y con su actividad únicamente, conservó para la corona esta importante parte del reino.

REY. — Me sorprende. ¿Qué hombre es este, que ha hecho tales cosas, y no cuenta un solo envidioso entre tres personas á quienes pregunto por él? En verdad que este hombre tiene un carácter muy raro, ó no tiene ninguno. Llevado de la curiosidad que excita lo maravilloso, quiero hablarle. (*Al Duque de Alba.*) Despues de la misa, llevadle á mi gabinete. (*El Duque sale; el Rey llama á Féria.*) Ocupareis mi puesto en el consejo privado. (*Vase.*)

FÉRIA. — El Rey se muestra hoy muy bondadoso.

MEDINA. — Como un dios... Tal ha sido para mí.

LERMA. — Mereceis este favor, Almirante, y tomo parte en vuestra alegría.

UNO DE LOS GRANDES. — ¡Y yo tambien!

OTRO. — Tambien yo, en verdad.

OTRO. — El corazon me palpitaba. ¡Tan digno capitán!

EL PRIMERO. — El Rey no ha usado con vos de su favor, sino que ha hecho justicia.

LERMA. — (*Yéndose. A Medinasidonia.*) ¡Cuán rico sois ahora, gracias á una sola frase! (*Se van.*)

ESCENA VIII.

El gabinete del Rey.

EL MARQUES DE POSA. — EI DUQUE DE ALBA.

MARQUES. — (*Entrando.*) ¿Quiere verme?... ¿A mí? No puede ser... Sin duda equivocais el nombre... ¿Y qué quiere de mí?

ALBA. — Quiere conoceros.

MARQUES. — Simple curiosidad, pues. Es lástima perder así el tiempo, cuando la vida es tan breve.

ALBA. — Os abandono á vuestra buena estrella, Marques; pensad que el Rey se halla en vuestras manos, y aprovechaos cuanto podais de este momento, pues á nadie más que á vos podreis culpar de su pérdida.
(*Se va.*)

ESCENA IX.

EI MARQUES DE POSA.

MARQUES. — Muy bien dicho, Duque. Preciso será aprovechar este momento que se ofrece una sola vez. Me da este cortesano una buena lección si no bajo su punto de vista, al menos bajo el mio. (*Después de pasarse un instante.*) Pero ¿cómo me hallo aquí? ¿Se deberá tan sólo á un capricho de la suerte que vea reflejarse mi rostro en este espejo? ¿Será sólo una casualidad que entre tantos millones de hombres, el Rey, contra lo que era dado esperar, venga á tenderme la mano y renueve mi recuerdo en su memoria?... Quizá es esto algo más que la obra del azar. Porque ¿qué es el azar sino el bloque al cual el cincel del escultor comunica la vida? La Providencia dispone el azar, y el hombre debe emplearlo á sus fines. ¿Qué importa lo que el Rey desee de mí?... Sé lo que me toca hacer con él... Aunque no fuera más que una chispa de verdad audazmente lanzada en el alma del déspota, ¿qué resultados podrian esperarse de ella bajo la mano de la Providencia? Entonces lo que de pronto me ha parecido extraño podria conducirme á un fin completo; aunque así no fuere, obraré con esta creencia.

(Da algunas vueltas por la habitacion, y se pára en silencio delante de un cuadro. El Rey sale por un salon contiguo desde el cual se le ve dar algunas órdenes; luego se adelanta, se detiene en la puerta, y contempla largo rato al Marques, sin ser visto de éste.)

ESCENA X.

EI REY. — EI MARQUES DE POSA.

(Apenas éste advierte la presencia del Rey, se dirige á él, se arrodilla y se levanta sin embarazo.)

REY. — (*Mirándole con ademan de sorpresa.*) Me habeis hablado, alguna vez, por lo visto.

MARQUES. — No.

REY. — Habeis prestado algunos servicios á mi corona; ¿por qué os ocultais á mi gratitud? Tengo tantos nombres en la memoria... ¡Sólo Dios lo sabe todo! A vos os tocaba buscar la mirada de vuestro Rey: ¿por qué no lo habeis hecho?



MARQUES. — No hace más de dos dias, señor, que he regresado á este reino.

REY. — No quiero seguir siendo el deudor de los que me sirven; pedidme una gracia.